

JOSÉ HEREDIA MAYA

OBRA EN PROSA

Artículos, ensayos, entrevistas, crónicas

EDICIÓN

DE

JUAN MATA ANAYA

PEDRO ORDÓÑEZ ESLAVA

MARIO DE LA TORRE-ESPINOSA



GRANADA

2025

Colaboran: Música en España y Sudamérica: Traducciones y transculturalidad (1960-2019) (PID2023-151026NB-I00) Máster Interuniversitario en Investigación y Análisis del Flamenco.

© UNIVERSIDAD DE GRANADA

© Los editores

© Herederos de José Heredia Maya

ISBN: 978-84-338-7662-1

Depósito legal: Gr./1715-2025

Edita: Editorial Universidad de Granada

Campus Universitario de Cartuja, Granada

Fotocomposición: Raquel L. Serrano / Atticus Ediciones

Diseño de cubierta: Tadigra. Granada

Imprime: Gráficas la Madraza. Albolote. Granada

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

ÍNDICE

EXPLICACIÓN. Juan Mata, Pedro Ordóñez, Mario de la Torre-Espinosa	9
LOS OTROS EN MIS OJOS, Juan Mata Anaya . . .	13
JOSÉ HEREDIA MAYA: JONDO-GITANO-PLURAL, Pedro Ordóñez Eslava	31
LOS PROYECTOS ESCÉNICOS DE JOSÉ HEREDIA MAYA, UN HOMBRE DE TEATRO, Mario de la Torre-Espinosa	45
EDITORIALES Y ARTÍCULOS EN LA REVISTA <i>LA MIRADA LIMPIA</i>	59
ARTÍCULOS EN PRENSA	227
ENTREVISTAS	379
OTROS TEXTOS	455
CRÓNICAS TAURINAS	571

EXPLICACIÓN

Hace unos años, la Universidad de Granada tuvo el acierto de publicar un volumen con la obra poética y teatral de José Heredia Maya. La esmerada edición corrió a cargo de Fidel Villar Ribot. Fue el homenaje que la universidad donde había sido profesor le tributó tras su fallecimiento. No debería entenderse aquella publicación, sin embargo, como un acto de simple cortesía académica hacia uno de sus docentes, sino más bien como un acto público de reconocimiento y gratitud, una manera de celebrar su pertenencia a tan loable institución.

En revistas, periódicos y papeles sueltos habían quedado las otras palabras de José Heredia Maya, las no estrictamente literarias, las que definieron su afanosa actividad cívica en favor de los derechos y el reconocimiento de toda clase de agraviados y excluidos, comenzando por los gitanos, grupo social al que pertenecía. Esas palabras no deberían ser consideradas al margen de su obra artística, menos aún como un complemento circunstancial, sino como voces íntimamente entrelazadas con sus poemas o sus dramaturgias. Son, si se quiere, formas lingüísticas diferentes de un mismo discurso solidario y emancipador.

La publicación de estos textos de José Heredia Maya, algunos de ellos inéditos, puede contribuir a resaltar rasgos de su personalidad, intereses y gustos,

a ensanchar la visión que de él ofrece su obra poética y teatral, si bien incluso en los más efímeros y ocasionales es posible reconocer su pensamiento y su sensibilidad. Son textos afines, comunicados entre sí, tan valiosos unos como otros. Pueden entenderse como expresiones distintas de una misma pasión por la defensa de los derechos cívicos y la escritura literaria, que extendió incluso más allá de la poesía y el teatro, pues entre 1989 y 1993 José Heredia Maya escribió una novela, *En la luz de Telurgia*, que no llegó a publicar y que, en consonancia con los temas dominantes de la época, cuenta la historia de un amor y una venganza en el ambiente turbio de la delincuencia callejera, los heroinómanos y las prostitutas, el submundo policial, las corrupciones del Poder.

Ahora es de nuevo la Universidad de Granada la que se hace cargo de la publicación de esas palabras dispersas, a fin de ensanchar el conocimiento público de José Heredia Maya, de evitar que el olvido desvanezca el rastro de su activismo social. No se recoge aquí todo lo que dijo en prensa ni todo lo que aguardaba en su ordenador un destino, sino lo que a nuestro juicio puede ofrecer una mejor visión de su pensamiento, su compromiso, sus gustos y sus proyectos. Un recuerdo tan necesario ahora que tanto odio circula por todos lados, que tanto temor y desconfianza se lanzan sobre los desheredados, los pobres, los que emigran, los despojados y expulsados de su tierra, los que huyen de guerras y hambres...

Esta memoria pública fue antes memoria íntima, familiar, la de Matilde Moreno Rivas, su esposa, y sus hijos José y Elías, quienes con amoroso cuidado han recogido y conservado lo diseminado en artículos,

entrevistas, conferencias, apuntes, reflexiones... A ellos debe serles reconocido el mérito y el impulso principal de esta publicación.

Gracias a amigos como Eduardo Castro Maldonado y Antonio Fernández López hemos descubierto textos inéditos que ellos guardaban con enorme afecto y fidelidad. Les expresamos aquí nuestra gratitud.

Hemos optado por el agrupamiento temático y, dentro de cada bloque, por el orden cronológico. Están incluidos esbozos de obras teatrales, textos inconclusos y misceláneos, escritos de circunstancias que, dado su carácter efímero, nunca fueron impresos. La virtud de lo fragmentario, incluso de las anotaciones sueltas, es que permite observar el proceso de creación y pensamiento de un autor, sus proyectos, sus intuiciones, sus deseos. Reunir lo disperso sirve para dar cuenta de la variedad de registros y la personalidad de José Heredia Maya.

LOS EDITORES

LOS OTROS EN MIS OJOS

JUAN MATA

La obra poética y teatral de José Heredia Maya es parte imborrable del patrimonio literario español por méritos que trascienden la condición gitana de su autor, algo que podría interpretarse como una concesión a su singular identidad. Se debe, por el contrario, al carácter pionero e innovador de su escritura, aunque en su caso ambas cuestiones, origen y originalidad, no pueden separarse de modo tajante. Tanto sus poemas como sus obras teatrales resultan admirables al margen de la ascendencia del autor, pero resultan más elocuentes si se examinan a la luz de la memoria personal y colectiva que los alientan.

Esa consideración, que podría aplicarse en mayor o menor grado a cualquier escritor o escritora, es más significativa en el caso de José Heredia Maya. Él, a diferencia de Federico García Lorca, por poner un ejemplo bien conocido, no utiliza la situación marginal y oprimida de los gitanos como material o recurso poético, sino que parte de la propia experiencia para presentarse ante el mundo como un testigo, que es diferente a un espectador. No es lo mismo observar que dar cuenta de lo vivido, de lo sufrido. La escritura de José Heredia Maya está atravesada por la conciencia de una injusticia colectiva, que hereda y asume como propia, por la determinación también de dar voz a través de la literatura y el arte

a las penalidades vividas por él y los suyos. Fue así desde el principio. Los primeros versos que publicó, en el primer número de la revista *Tragaluz*, en 1968, ya declaraban esa simbiosis entre historia personal e historia colectiva: «Hoy siento asco / como sólo pueden sentirlo / los acosados desde siglos». Una aceptación que reafirmó unos años después en el arranque de *Penar ocono*, su primer libro de poemas: «Aunque sea reciente mi carné, / yo nací hace milenios». Sabía bien que al hablar de sí mismo hablaba también de otros semejantes a él, pero también de los Otros, los que, como él y los suyos, han conocido a lo largo de los siglos la animosidad, la discriminación y la infamia.

Esa voluntad de denuncia y reivindicación, de exigencia pública de una mirada libre de prejuicios hacia el pueblo gitano, está presente en su obra de un modo bellamente poético, en absoluto tosco. La virtud de su escritura es que, estando inmersa en la mejor tradición poética universal, que conocía muy bien, la dota de una veracidad argumental que la hace singular. Enlaza sin dificultad su propia historia en una historia colectiva, aunque también podría expresarse en sentido contrario: inserta una historia colectiva en las vicisitudes de una historia personal.

Esa exigencia de desagravio es aún más notoria en sus obras teatrales, desde *Camelamos naquerar* a *Un gitano de ley* (*Ceferino Giménez Malla*), ideadas con la pretensión de contar las injusticias, las represalias, las fatigas que el pueblo gitano ha padecido a lo largo de los siglos, y reclamar a la vez justicia y reparación. Y de defender al mismo tiempo, como ocurre en *Macama jonda*, la necesidad no solo de la aceptación, de la tolerancia más o menos franca,

sino de la amalgama con aquello que no es igual a lo propio o lo conocido o lo tenido por normal.

En el volumen que con su obra poética y teatral publicó la editorial de la Universidad de Granada puede percibirse lo que se viene diciendo. Allí están expuestas sus originales incursiones en territorios inexplorados, cuyas huellas son todavía perceptibles.

GALERÍAS

Como se dijo, José Heredia Maya no solo expresó lo que pensaba sobre la historia y la situación de los gitanos a través de la poesía o el teatro, lo hizo también por otros medios menos conocidos.

Su lucha en defensa de los gitanos, de sus derechos, que por extensión puede decirse de los derechos de cualquier víctima de los abusos, el racismo o el estigma, está plasmada en textos que, considerados en conjunto, ofrecen una visión congruente y combativa en favor de los oprimidos y los excluidos. Se puede afirmar que su vida entera estuvo marcada por la defensa pública de la justicia, la igualdad, la solidaridad, y que su obra toda está atravesada por galerías subterráneas que comunican y dan coherencia a sus diferentes rostros.

Fue joven en una época en que la reclamación pública de derechos personales y sociales fue el modo más combativo de enfrentarse a la dictadura franquista. El acierto de José Heredia Maya fue insertar las reivindicaciones a favor de su pueblo en la corriente caudalosa de las demandas democráticas. Fue su modo de hacer entender que la defensa de los suyos no era un asunto particular, sino colectivo, que concernía al conjunto de la ciudadanía.

El hecho de ser pionero, el primero en tantas cosas –el primer gitano que accedía la Universidad, el primer gitano en convertirse en profesor universitario, el primer gitano que brilló como poeta y dramaturgo...–, condicionó su modo de pensar y de estar en sociedad. Podría haberse mimetizado, incluso ocultado deliberadamente, como hicieron otros gitanos antes y después de él, negando en público ese rasgo de pertenencia; pero José Heredia Maya, consciente de su privilegiada situación, de su mínimo poder, optó por lo contrario, por dar testimonio, por hacerse visible, por hacerse oír. Podía, y era una actitud legítima, haber afirmado sin ruido, haber actuado sin activismo, pero consideró que, si estaba donde estaba, si había logrado llegar al lugar en que se encontraba, no era cosa de desentenderse, de asumir su situación con discreción y dejar que la vida, y en particular la de los suyos, siguiera su curso. Por el contrario, comprendió pronto que no podía despreocuparse ni quedarse en el lamento, y menos aún acogerse al estatus del exotismo, un riesgo siempre presente, sino que precisamente su excepción, su afortunada posición, le otorgaba una autoridad que no podía ignorar. Y no la ignoró.

En el ensayo titulado *Un cante de Lencero y Amador*, publicado en el número 9 de *La mirada limpia*, e incluido luego en su libro *Literatura y antropología*, y a partir del comentario de un poema de Carlos Lencero, *Gitanos de temporá*, hace José Heredia Maya una crítica sagaz de los payos o gachós que en determinadas celebraciones se hacen pasar por gitanos, así en su forma de hablar como en sus ropajes y ademanes, pero que al acabar la fiesta «cazan gitano, / muerden gitano, / no quieren en la consulta a los

gitanos / y juran que en el mundo sobran gitanos», como afirman los versos de Lencero. Esa hipocresía le parece a José Heredia Maya una forma vieja de discriminación disfrazada temporalmente de identificación y de respeto. Ese reproche hacia los gachós lo dirige también, en sentido opuesto, hacia los gitanos «que darían algo valioso por adquirir un origen diferente, aunque fuera falso, con tal de alejarse de su procedencia cercana». El deber de no incurrir en la farsa, como tampoco en la ocultación, de asumir con valentía lo que cada cual es, da valía a las personas, les otorga la consideración de gente cabal y fiable. Esa cualidad fue rasgo característico de José Heredia Maya, saber qué debía hacer y cómo debía hacerlo.

Inteligentemente, no incurrió sin embargo en la estrechez de hacer de su origen gitano un privilegio, una oportunidad de provecho personal, como tampoco de hacer una defensa exclusiva de los suyos, sino que ensanchó desde el principio el campo de sus reivindicaciones y desde su condición étnica habló a favor de todos los que, de una manera u otra, sin importar su lengua ni su lugar de nacimiento ni su posición social, han sido ofendidos, humillados, repudiados. La ventaja de José Heredia Maya fue su capacidad para transmutar los desplantes y desconsideraciones sufridas, incluso en ámbitos académicos y universitarios, en reflexión y denuncia. A diferencia de otros muchos gitanos, igual de sufridores, él poseía el don de la palabra. No solo tenía conciencia de la injusticia, sino la capacidad para señalarla y expresarla. Y cumplió esa misión con entrega absoluta. A él debemos en gran medida la emergencia en España de la atención social y política sobre la cuestión gitana.

MODOS DE MIRAR

Una de las acciones más claras en ese sentido fue la creación de la revista *La mirada limpia o la existencia del otro*, de la que se editaron 12 números, el primero de los cuales, el número 0, apareció en el año 2000.

El título de la revista, además de poéticamente hermoso, es muy significativo. La primera vez que aparecen esas dos palabras juntas en la obra de José Heredia Maya fue en un poema de su primer libro, *Penar ocono*, publicado en 1973. Hay en él un poema que comienza así: «Si miraras con limpia / mirada horizontal / el débil mástil que sostiene / la rota noche de mi cuerpo / aciaga pátina de siglos / desnudo astral intolerante». Lo que quizá fue un temprano hallazgo poético se convirtió más tarde en un concepto capital de su pensamiento. La mirada limpia ya no sería en adelante una forma íntima de relación entre amantes, sino la premisa fundamental para el encuentro y la vinculación entre todos los seres humanos. *La mirada limpia* fue años más tarde el título de una conferencia que José Heredia Maya impartió en 1998 en Valencia, en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, en el marco de un curso sobre integración y exclusión de minorías. Enunció allí las diferentes miradas que a su juicio definían el modo justo o dañino de relacionarse con los demás, con los Otros. El entendimiento o la hostilidad dependen del modo de mirar a nuestros semejantes, venía a decir. Aceptarlos sin reservas, con deferencia, con afecto, con atención, contribuye a que la comprensión sea posible, a que los vínculos no se malogren prematuramente por culpa del temor o los celos. La manera en que se los juzga sin conocerlos (pre-

juicios), o se los condena sin causa (odio), o se los rechaza por su origen o etnia (racismo), hace que los diferentes, los que no son idénticos a los que miran, sean considerados sospechosos o amenazantes. Ese es el fundamento de la mirada turbia, que desfigura a quienes se tiene enfrente, que infecta el lenguaje con «briznas, clavos y espinas» que dificultan las relaciones humanas.

En cambio, la mirada limpia está libre de sospechas y temores, no está ofuscada, no depende de la tradición o el pensamiento mayoritario. Es una mirada cuidadosa y comprensiva. En palabras de José Heredia Maya,

no es la mirada de la inteligencia, pero sí es eminentemente inteligente. Tiene que ver más con el don de mirar viendo al otro sin prejuicios. [...] La mirada limpia mira y ve músculos, huesos, vísceras, mira y descubre el secreto de la risa, el remedio del dolor en una palabra dicha en quechua, mira y ya está absorta en la contemplación de una estimulante y rica multitud de otros.

Es, como se deduce, la mirada que humaniza y hermana, que considera a los demás como miembros de una misma comunidad.

Para él, la mirada limpia es un don que muchas personas poseen de manera natural. La ejercen sin esfuerzo, sin especial esmero. Es una virtud encomiable que está sin embargo al alcance de cualquiera que se lo proponga. La que José Heredia Maya denomina «mirada consciente» es su antesala y debería entenderse como el resultado de un proceso constante de atención y reflexión para no acercarse a los otros desde la desconfianza o el menosprecio. Construir ese modo consciente de mirar, que desemboca en la asunción de una mirada limpia, no debería ser

únicamente un propósito individual, sino una tarea colectiva, en la que la educación podría cumplir un papel fundamental.

La consideración que merecen los otros y la responsabilidad que tenemos para con ellos, que están en las entrañas de sus ideas, no las aborda Heredia Maya desde una perspectiva exclusivamente retórica o académica. Su origen, su pertenencia a una etnia históricamente denostada y excluida, otorga a su discurso una veracidad inusual. Sus palabras están impregnadas de conocimiento y experiencia. Él, para muchos otros, era un Otro, alguien no solo diferente, sino dotado por su pertenencia de estigmas y desconfianzas; de manera que, si hablaba de la necesidad de mirar limpiamente a los otros, cara a cara y sin malicia, no era solo como consecuencia de un proceso reflexivo, sino como reacción a vivencias íntimas a la vez que colectivas. Era su reacción ante los desaires sufridos por sí mismo, pero también por los que lo rodeaban y los que lo habían precedido. Pensar y argumentar era en su caso una respuesta a sucesos vividos a la vez que heredados. Y esa autenticidad hace que sus palabras sean todavía profundas y creíbles.

A través de sus textos, pero también de los de las personas invitadas a colaborar –profesores, jueces, poetas, sociólogos...–, se fue tejiendo en la revista un discurso coherente, justo, sobre el valor de la diferencia y el valor del Otro. Aunque lo gitano fuese en este caso un punto de partida, se trataba en el fondo de hablar de los muchos otros ignorados o marginados que conforman las complejas sociedades contemporánea, de definir, en fin, qué mirada es necesaria para relacionarse con los otros; qué mira-

das dañan y cuáles acogen; qué mirada merecen no solo los gitanos, sino los inmigrantes, las mujeres, los homosexuales, los extranjeros, los indigentes... Ese fue el principal mérito de tan audaz aventura editorial. Los textos de José Heredia Maya que se incluyen en este libro revelan la clarividencia que lo caracterizaba y la energía que lo impulsó a fundar la revista y a tratar de elaborar junto a quienes colaboraron en ella un discurso colectivo sobre la forma de considerar a los seres humanos, es decir, a la forma de vincularnos a ellos.

EL DAÑO DE LA MIRADA TURBIA

Paradójicamente, la aparición de *La mirada limpia o la existencia del otro* fue consecuencia de una muestra de mirada turbia.

No debía haber ocurrido, pero ocurrió, como si de una fatalidad antigua se tratara. José Heredia Maya, que tanto había denunciado el estigma inclemente de los apellidos a la hora de tratar con la justicia que con tanto acierto había señalado su presencia en las letras del cante flamenco, también lo sufrió en sí mismo, no de un modo metafórico o simbólico, sino como persona, como ciudadano. Tuvo la desgracia de que le rozara un asunto turbio que nada tenía que ver con él, del que cualquier individuo con otros apellidos habría salido indemne, pero que a un juez, como en una seguidilla flamenca, le bastó para implicarlo en un delito cometido por otros. Sus apellidos pesaron. Y de qué despiadada manera. Su vida se vio sacudida por un huracán de agravios, maledicencias, prejuicios, postergaciones... que afectaron no solo a su reputación personal y pro-

fesional, tan trabajosamente ganada, sino a su salud. Es penoso comprobar que, después de tantos años haciendo notar la injusticia de la desconfianza hacia su pueblo, él mismo fuese víctima de esa iniquidad, como quien construye una casa con paciencia y gran esfuerzo y ve de pronto que una arremetida arbitraria la arruina y lo aplasta.

José Heredia Maya sufrió en sí mismo las afrentas que tantas veces había denunciado, a saber, que los gitanos son sospechosos por naturaleza que, contrariamente a lo que afirma el derecho, son culpables de cualquier delito mientras no se demuestre lo contrario. De nada sirvieron las explicaciones ni las evidencias a su favor. Cuántas veces la ley sirve para exonerar a los poderosos y cuántas veces para condenar a los desvalidos, más aún si la víctima tiene determinados apellidos y el proceso sirve para vanagloria del juez más que para hacer justicia. Puede ocurrir que, para cuando se esclarecen los hechos y la verdad se impone, el daño sea ya irreversible. Lo que tantas veces había temido y no solo denunciado José Heredia Maya se cumplió en él mismo: los gitanos, como otros grupos sociales o minorías, son más susceptibles, por muchas virtudes que demuestren, por mucho esmero que pongan en sus comportamientos, a sufrir el peso no solo del Código Penal, sino de los códigos no escritos que rigen las relaciones sociales, sea la animadversión, la denuncia, el ostracismo o el deshonor. Es duro cargarse de razones a costa de padecer uno mismo los prejuicios tantas veces denunciados. Si las consideramos a la luz de la injusticia sufrida por él mismo, sus palabras y sus ideas adquieren aún más verdad.

LOS OJOS EN LOS LIBROS

En 2004, la editorial de la Universidad de Granada publicó el libro de José Heredia Maya *Literatura y antropología*. El título era el mismo que el del grupo de innovación pedagógica que él mismo dirigía. Compiló allí textos, la mayoría ya publicados en revistas, aunque reformados para la ocasión, engarzados por el deseo de mostrar cómo en la historia de la literatura, incluso en la más canónica, la del Siglo de Oro, abundan ejemplos de desconsideración y mala fe hacia los gitanos y otros grupos sociales.

Su intención al tratar de casar dos disciplinas no demasiado afines, las que figuran en el propio título del libro, era hacer ver que la literatura del pasado refleja, más allá de sus virtudes formales o lingüísticas, abundantes prejuicios e infamias, y tratar de entender el porqué de esos recelos, los modos de vida que los sostenían, los pensamientos que los justificaban, los mecanismos de poder y de clase que los legitimaban. Según el propio autor, se trataba de «enseñarnos a ver en la literatura, en cada frase, palabra o coma el comportamiento mental de un escritor oficiando desde la definición de su realidad social y en defensa de su papel en la tierra». No por su condición áurea habría que disculparlo todo, pues aun en los textos más excelsos de la literatura clásica es posible encontrar clichés, prejuicios, antipatías, ofensas... que se ignoran o excusan por considerarse un excelso material literario. Ya en la introducción que antepone a los textos José Heredia Maya declara su intención de señalar «cómo habría que mirar y leer para que la lectura de lo que nos rodea resulte deleitosa y no ofensiva de palabra ni de obra nunca para con nadie». La escritura literaria no es una

actividad inocente, ajena a la realidad cultural y a la ideología de quienes la ejercitan, como tampoco lo es la lectura, inseparable de la manera de pensar y sentir de quienes la llevan a cabo.

En efecto, el libro en su conjunto es una reflexión sobre el acto de leer, específicamente literaria. La lectura, viene a decir el autor, es una forma de exploración, de conocimiento; pero también, a poco que nos descuidemos, de afirmación de estereotipos e ideas dañinas. Hay que leer con los ojos abiertos, en estado de alerta, con la conciencia de que nada de lo que se escribe es inocente y que, sin darse cuenta, los lectores pueden estar amparando y prolongando situaciones de injusticia. De eso se trata, a juicio de José Heredia Maya, de hacerlos conscientes de ese riesgo, de alentarlos a interpretar de nuevo lo ya conocido.

Como se dice en las mismas páginas, es necesario poder «leer sin sobresaltos», que cualquier persona, sea mujer o judío o inmigrante o gitano, pueda posar sus ojos en las páginas de un libro sin que a cada instante se sienta ofendida o menospreciada. Y menos aún con la sensación de estar contribuyendo a normalizar situaciones de injusticia y exclusión social. En palabras de José Heredia Maya, habría que mostrar «cómo leer hoy a Garcilaso, Cervantes, Lope, Calderón, Tirso, Moreto, Delicado, San Juan, Góngora, Quevedo, Villamediana, entre otros muchísimos escritores de valía excepcional, viendo y comprendiendo el mundo desde el que escribían». Con gran perspicacia, no aboga por la cancelación, como se tiende hoy en muchos casos, sino por una nueva lectura, pues en ningún momento deja de admirar las virtudes literarias de esos textos, dignas

de ser apreciadas incluso por las personas que en ellas pudieran estar infamadas.

Resulta muy significativa la aportación pionera de José Heredia Maya a un debate que en los últimos tiempos ha adquirido gran relevancia pública, no solo académica: cómo leer o contemplar las obras del pasado, con qué disposición juzgarlas, qué actitud tomar hacia ideas o representaciones ominosas. La respuesta de José Heredia Maya fue clara: con actitud crítica, no con afán de censurar o proscribir esas obras, sino con la conciencia de comprender que los prejuicios y estereotipos que en su día se manifestaron en ellas resultan hoy anacrónicos e intolerables. Los valores literarios, los referidos a la forma o el lenguaje, no justifican ni atenúan, venía a decir, los agravios subyacentes.

A lo largo de la obra, hace José Heredia Maya incursiones en las obras de Miguel de Cervantes, Calderón de la Barca, Francisco de Vitoria, Francisco Delicado, Bartolomé de las Casas..., para señalar la necesidad de leer algunas de sus obras con otros ojos, con la intención de hacer frente a «los virus negadores de la existencia de otros distintos a nosotros en lengua, color de piel, cultura familiar y de grupo», como declara en otro momento. Es, pues, un libro que posee la voluntad de influir en los lectores, de señalar y corregir falsedades e injurias. Su mérito, entre otros, fue hacer esas afirmaciones desde el mismo ámbito académico en el que él estaba inmerso y en el que tantas veces se han negado o ignorado esas realidades.

El privilegio de José Heredia Maya fue precisamente ese, el de formar parte del mundo universitario y erudito, y al mismo tiempo conocer a fondo el

mundo del flamenco, del cancionero popular, de las músicas marginales, de la poesía subterránea. Esa doble perspectiva le permitió ver valor donde otros solo veían escoria y ver sombras donde otros solo veían luz. Su atenta mirada, su heterogéneo conocimiento, su fácil tránsito entre lo canónico y lo subterráneo, no solo le permitió analizar con más agudeza la realidad literaria, sino también la realidad social. No es posible determinar qué influyó en qué, qué fue antecedente y qué consecuencia, pero lo cierto es que tanto su exigencia de una más cuidadosa lectura literaria como la de una más solícita comprensión de los Otros, los demás seres humanos, están entrelazadas, crecieron a la par y se alimentaron mutuamente.

LA EDUCACIÓN MIENTRAS TANTO

Debemos destacar, y no solo por su vinculación profesional con el mundo de la docencia universitaria, y específicamente en el ámbito de la formación de maestros y maestras, el especial interés de José Heredia Maya por la educación como instrumento transformador de la realidad. Su disposición a reflexionar sobre ese poder de la educación tenía en él mismo el mejor ejemplo. Si llegó a donde llegó fue gracias a la educación, a la voluntad de sus padres para que estudiara, a sus maestros que lo animaron a seguir, a su empeño y a la comprensión del valor de esa oportunidad. Podía haber seguido el destino de tantos otros niños gitanos de su tiempo, y aun de ahora, y haber pasado con más o menos fortuna por la escuela para quedar finalmente en los márgenes del sistema escolar, arrojados al magma de la descualificación y la precariedad. Pero no ocurrió así y pudo progresar de un modo constante en un